

Malestar de los educadores: Cuando el sinsentido pasa a ser el sentido

Marcelo Ubal Camacho (Uruguay)

marceloubal2@hotmail.com

Estudiante avanzado de la Lic. en Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Cuando decimos malestar de educadores, queremos englobar a todo educador, entendiendo por tales aquellos que en una situación educativa¹ tienen la intención de educar. Para ser más explícito, y haciendo una distinción entre educadores, no tan feliz - a mi modo de entender -, pero quizás necesaria, nos referimos a los educadores de ámbitos formal y también a los de espacios de educación popular (o no formal).

Sin embargo, nuestros juicios y nuestras visiones sobre la realidad educativa que estamos viviendo, lo haremos desde la experiencia de educación popular, más allá de haber participado también como docente de propuestas educativas formales. ¿Por qué? El motivo es sencillo: esta inquietud, impresa en estas páginas, fue fruto de una síntesis a raíz de mi experiencia adquirida en un ámbito de educación no formal, motivo por el cual las palabras que siguen son fruto de la experiencia personal, lo que le da a esta presentación, un valor especial, debido a que deja traslucir una experiencia subjetiva que, según se compartía en las asambleas de educadores que dio lugar a esta iniciativa, son reflejo de un fenómeno cultural, motivo por el cual todos de una manera u otra, en mayor o menor medida, estamos involucrados.

Ahora bien, como decíamos, considero que esta visión es sobre los educadores en su totalidad y no solo de un grupo de ellos, por lo que no podemos perder de vista que estas palabras que siguen a continuación, aunque pueda sonar repetitivo, creo que pueden llegar a ser aplicables indistintamente a cualquier educador, al menos de Uruguay.

Siguiendo con posibles cuestionamientos a esta “totalidad de educadores” a los que hago referencia, y el pretender abarcar con estas reflexiones, sobre el malestar presente en los distintos ámbitos educativos, se me podría objetar, que en realidad el mencionado malestar está en su totalidad, o en mayor intensidad en aquellos educadores que llevan adelante su tarea en contextos poblados por personas que padecen la pobreza y están en una situación de riesgo social mayor.

¹ Paulo FREIRE, *El grito manso*, Bs. Aires, Siglo veintiuno editores, 2003, pag. 31

Esta objeción puede llegar a ser verdadera, pero al menos concédanme el derecho de exponer el por qué cuestiono el dejar aislados de este malestar a los educadores que se encuentran desempeñando su rol en sectores o clases sociales media alta y alta.

En primer lugar, creo que estos educadores no viven en una burbuja (más allá que a veces así lo parezca) por lo que los efectos devastadores de la pobreza y de una clase media empobrecida, les llegan por todos lados, se quiera o no se quiera, sean conscientes o no lo sean.

Por otro lado, el aportar a la formación de educandos, que no sufren lo que otras sí padecen, sin pretender concienciar sobre la responsabilidad directa que tenemos, todos en general y cada uno en particular, en las consecuencias devastadoras de la pobreza para personas que viven sumergidas en la miseria, creo que tiene que llevar a un profundo cuestionamiento de esa práctica educativa. ¿Por qué motivo? Sencillamente una educación que no aporte a una humanización y que no tenga en cuenta a la persona que más sufre generará, brillantes técnicos (bien preparados intelectualmente) pero pobres en humanidad, o sea en lo fundamental, porque si no vivimos y educamos para tratar de hacer este mundo más humano, ¿para qué vivimos?, ¿para qué educamos? ¿es válido el sentido de nuestra existencia?

Estoy convencido que el educador que no humaniza no educa (en el sentido más profundo de este acto), motivo por el cual puedo creerme un educador (con una aparente y autoconvinciente honestidad), pero en realidad, ser otra cosa. Y es justamente esta situación de falta de identidad, generada por el creerme una cosa y ser otra, lo que da lugar al mencionado malestar consciente o inconsciente, expreso o tácito.

En un sentido similar, aunque no idéntico, Freire nos podría dar otro argumento para justificar la práctica y el malestar de los educadores a los que nos estamos refiriendo: “El opresor se deshumaniza al deshumanizar al oprimido... No sería posible deshumanizar sin deshumanizarse... No soy si tu no eres, y sobre todo, no soy si te prohíbo ser [...]”²

Por último, se me puede juzgar de cierto pesimismo, o de la no necesidad de insistir en algo que ya todos sabemos que está, y si no lo sabemos, es mejor seguir en la ignorancia, porque produce -aparentemente- menos sufrimiento. En este sentido, creo que llegó la hora de autoaplicarnos a nosotros mismos categorías que muchas veces las usamos para los otros. No hay que temer hacer consciente la realidad por más negativa que sea; solamente logrando un nivel de conciencia sobre la realidad que estamos viviendo podremos ver con más claridad la salida de este malestar, que por otro lado es difuso.

Seamos realistas y no perdamos de vista que no basta ser conscientes de la realidad que nos genera malestar. La toma de conciencia por sí sola, no es suficiente –más allá que es imprescindible-, sino que tenemos que llegar a la implementación de la alternativa, no en forma aislada, sino en forma política (como cuerpo). Sabemos que el camino no es fácil, pero sabemos que es posible.

² Paulo FREIRE, *Pedagogía de la esperanza*, México, Siglo veintiuno, 3ª ed., 1998, p 93.

Creo que este momento es rico en posibilidad, desde el momento que tenemos que experimentar nuestra propia “receta”. Si logramos liberarnos como educadores, más que nunca saldremos fortalecidos, por que lo que proponemos lo hemos vivido y experimentado. Estábamos oprimidos y fuimos liberados, por eso ganaremos en fundamento ético, ya que no hablaremos de afuera sino de adentro; iremos al encuentro de la gente no a decirles “hagan esto y será posible la liberación”, sino que les diremos: “creo que vale la pena que lo intentemos, porque estamos deshumanizados y caminamos hacia la humanización”, o en el mejor de los casos, “estábamos deshumanizados y nos estamos humanizado”.

¿No es esto un sueño? Claro que lo es, porque sólo el que sueña puede lograr la alternativa, lo que no podemos dejar que se nos diga es que esta posibilidad es un imposible.

¿Cuál es la consecuencia más lamentable de esta realidad? Justamente este malestar, produce una neutralización del tesoro más grande (el recurso más efectivo, dirían otros) de la educación popular: “el educador”.

Me gustaría detenerme en el análisis de los motivos, por los que percibo, que se ha generado esta deshumanización de nosotros -educadores-, pero antes me parece bien interesante compartir contigo el marco en el cual todas estas reflexiones surgieron. Por diferentes motivos, comencé a trabajar en un nuevo proyecto socio-educativo financiado por un organismo internacional (el BID), y gestionado por el gobierno de Uruguay, propuesta muy válida pero pensada por personas con la “cabeza repleta” y con carencia de “una cabeza bien puesta”³, lo que termina generando grandes “baches” en una iniciativa de humanización que está dando escasos resultados frente al potencial que tiene.

La primera razón por la que creo que se genera este malestar, es por el estilo de planificación que emplean los organismos internacionales y nacionales a la hora de implementar los distintos planes socio – educativos. Puede parecer medio inocente adjudicar a un estilo de planificación la causa de un problema, y más aún en tiempos en los que la planificación carece de fama. Pero frente a esta posible crítica, confío en la intuición de los escuchas y lectores de estas palabras para percibir que no me refiero a la técnica de la planificación, sino que estoy aludiendo a los fundamentos y a las concepciones filosóficas y epistemológicas que inspiran uno u otro estilo de planificar.

Los distintos (pero a la vez idénticos) organismos que financian las políticas socio – educativas manejan un planificación de fuerte inspiración normativa, o sea que son realizadas por unos (“que saben”), son ejecutadas por otros (“que no saben”), y aplicadas sobre otros (“que saben menos aún”). Es verdad que hay niveles intermedios entre los dos polos de la pirámide jerárquica de este modelo normativo de planificación, pero tan veraz es la constatación de que las sugerencias y aportes de las bases de la pirámide tienen grandes dificultades para ser tomadas en cuenta. Los mecanismos de comunicación previstos (y aún así no siempre funcionan) son los que hacen el recorrido de arriba hacia abajo de la pirámide burocrática prevista por los

³ Edgar MORÍN, *La cabeza bien puesta*, Bs. Aires, Nueva Visión, 1999.

propios planes de los mencionados organismos. No ocurre lo mismo con el recorrido inverso (de abajo hacia arriba), que generalmente ni siquiera tienen previsto un canal de comunicación, por medio de los cuales sus aportes sean al menos escuchados.

Este estilo “soberbio” y poco inteligente de gestión, choca de frente con las expectativas de los educadores a los que nos estamos refiriendo, ya que en su imaginario prima la convicción de que un plan que es construido por todos los actores involucrados es la forma más inteligente y eficaz de implementar cualquier plan, sea de la naturaleza que sea.

De hecho, lo que vemos en el trasfondo de esta conciencia compartida es una apuesta por un sujeto autónomo, constructor de sus propias soluciones, de sus propias alternativas. Todo esto daría lugar a una planificación verdaderamente estratégica, que se fundamente (y sea coherente) con una visión de persona profundamente libre y protagonista de su historia y de la historia.

Sin embargo terminamos, los educadores que hemos recibido una formación participativa, siendo simples ejecutores de lineamientos que vienen de otros lugares y que no nos toman en cuenta.

Claro está que no podría ser de otra manera, desde el momento que los esquemas de la ciencia clásica no sirven en absoluto para las ciencias (en sentido amplio) socio – educativas, por la sencilla (y a la vez compleja) realidad de que estas no tratan con objetos, sino con sujetos. Mientras que estas disciplinas humanas busquen ser ciencias (en sentido restringido) bajo cualquier costo, aún negando que su “objeto” es en realidad el sujeto-persona, no saldremos de este “estancamiento” histórico en el cual vivimos y sufrimos.

En esta enumeración de motivos por los que este malestar acampa entre nosotros, creo que un segundo lugar es ocupado por una “filosofía” tecnocrática presente en los organismos de gestión y financiación de nuestros actuales planes socio-educativos, y en la conciencia de los propios educadores. Este motivo se entronca con el anterior, desde el momento que concebimos a la sociedad como una especie de “laboratorio” (análogo al de las ciencias fácticas y experimentales) en el cual solo tienen una palabra autorizada los “científicos”, llamado por nosotros “técnicos”. Son estos, y sólo éstos, los portadores de conocimientos más válidos, quedando en un segundo plano el de los actores principales de esta película de deshumanización: los que sufren y están directamente comprometidos con la pobreza.

El tercer lugar en este “raiting” de motivos que generan nuestro actual malestar es ocupado por nosotros mismos, los educadores, que no tenemos más remedio que trabajar en la ejecución e implementación de estas políticas que tanto criticamos, desde adentro y desde afuera. Es esta necesidad lo que genera el que seamos absorbidos por el propio sistema que criticamos y que “traicionan”, por qué no decirlo, varios de nuestros propios principios. Esta “absorción” realizada por el propio sistema no sólo llega a los educadores comprometidos en los planos de ejecución, sino que también alcanza a los que están en posiciones de gestión de estos planes. Estos educadores se transforman (interesante sería saber por qué) y comienzan a reproducir la lógica clásica del organismo financiador.

Otro motivo de este malestar, es la centralidad que ocupa el tema económico. La vivencia de valores queda en segundo plano, y no acompaña intencionalmente la práctica educativa. No es raro escuchar frases apocalípticas como “sin plata no se puede hacer nada”, lo que aumenta el mito, y la consiguiente creencia, de que son los “técnicos” en economía (contadores, administradores, economista, etc.) los capacitados en decidir tal o cual estrategia educativa. Ahora bien, me pregunto: ¿No es la ética, o sea los valores, los que deben regir la práctica económica y educativa?. Y de ser así ¿Por qué generalmente ocurre al revés: la práctica económica rige las opciones educativas y éticas? ¿No será el momento de que la economía comience a salir del mundo de los números y aterrice, de una vez por todas, en el aeropuerto de las propuestas y estrategias que redunden en un real beneficio de los seres humanos?

Unido al tema económico es meritorio y a la vez triste constatar los escasos recursos destinados al sustento de los educadores (no así de los técnicos o gestores de estos planes), lo que aumenta las tensiones del diario vivir.

La quinta motivación de este malestar se ve reflejado por la falta de comprensión de los procesos educativos populares, reflejado en frases como “participar lleva mucho tiempo”, “critican mucho hacen poco”, “no tienen propuestas”, todos juicios que pierden de vista que estamos frente a una alternativa que se está creando y que ha sufrido fuertes golpes históricos a los que ha resistido y que la han transformado. Por otro lado esta alternativa se caracteriza por no tener fórmulas, por que no olvidemos que parte de una antropología que concibe al ser humano como autónomo, pero no tiene suficiente camino recorrido y sistematizado para que se generen los resultados esperados.

No podemos perder de vista, que el momento histórico que estamos viviendo es de suma crisis, motivo por lo cual es el momento propicio para el surgimiento de nuevos paradigmas. Ahora bien, tomemos la categoría “surgimiento de nuevos paradigmas” en toda su profundidad, debido a que si bien un paradigma tiene que ser formulado por alguien, en el fondo es producto de todo un desarrollo cultural e histórico, en suma de toda la civilización, proceso que no es ni sencillo ni inmediato.

Todas las constataciones anteriores redundan en la peor de todas, la ausencia de sentido de las prácticas educativas de los educadores, porque se han convertido en simples instrumentos o “funcionarios” de un sistema que choca de frente con sus sueños y esperanzas fundacionales. Es así que, “el sin sentido pasa a ser el sentido”

Por último los invito a tratar de salir de este malestar que tanto nos “empantana”, tratado de ser sencillamente más humildes y profundamente éticos.

Muchas gracias